

— *Hombrecito* (Técnica mixta, 2024)
Kirin



Serie Frost

Barro tal vez

El 12 de noviembre 2025, la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF recibió en Buenos Aires a Ramón Andrés como conferencista en su ya clásica serie “Lecturas Frost”. Considerado uno de los más importantes autores europeos contemporáneos, en conversación con Pablo Gianera y Silvia Dabul, el escritor vasco deleitó a los numerosos asistentes con una brillante disquisición, de sutil ejercicio metafórico, sobre el suelo en que germinan la cultura y la literatura.

A continuación, ofrecemos a los lectores y lectoras de *Aquilea*, el texto completo de aquella conferencia originalmente titulada “Puñados de tierra y literatura”.

Puñados de tierra y literatura

por Ramón Andrés

Es un gran honor estar aquí, ante ustedes. No puedo tener más que palabras de gratitud, y no se trata de una cuestión de retórica, créanme, mi sentimiento es del todo sincero. Gracias a la Maestría en Escritura Creativa, que me permite formar parte de la Serie de Lecturas Frost, muchísimas gracias a María Negroni por su invitación, por su amabilidad y su saber, por su delicadeza y su trato, también mi gratitud a Ana Abbate, sin duda. María Negroni me sugirió en nuestros primeros correos que aludiera a ciertas cuestiones vinculadas a mi trabajo, o bien que abordara asuntos que conciernen a la escritura. No sé si les aportaré mucho, porque quizá no sea muy apasionante lo que voy a comentarles, ya que toda mi vida, también en todo aquello que he procurado escribir, he seguido con el mayor respeto esa confesión de Michel de Montaigne, cuando en uno de sus ensayos dice que va asintiendo detrás de los maestros. Yo también voy asintiendo de este mismo modo, agradeciendo siempre, a veces reticente, a veces rendido a sus consejos. Seguir unos pasos ajenos no significa imitación, ni tampoco acogerse a un cómodo refugio en el saber de otros. Seguir sus huellas, ir tras ellos es, a mi entender, una forma de consuelo, el consuelo de sentirse guiado por los espíritus escogidos que han estado aquí, o que todavía están, porque, por fortuna, el conocimiento no es únicamente una cosa del pasado.

Si he titulado este escrito *Puñados de tierra y literatura* se debe a que propongo comenzar por lo esencial, por el suelo, por el humus, de cuyo término procede la palabra humildad. Porque si bien

es cierto que la ambición debe inspirar la búsqueda de toda creación, no es menos verdad que la humildad permite el desapego de los dogmas y el acercamiento en libertad hacia aquello que se persigue. Sólo desde la humildad puedo reconocer, de la manera más abierta, que toda mi vida he escrito para saldar deudas. Deudas no económicas, pese a la aspereza y las dificultades que comporta escribir ensayo, poesía o aforismos en un país tan inculto y despreocupado como el mío, tan incorregible. Al hablar de deudas me referí a las contraídas, en mi caso, con los maestros y maestras que acabo de evocar, de los que he aprendido una parte sustancial de lo que hoy me sirve para pensar.

Esto explica que uno de mis primeros libros estuviera dedicado a Johann Sebastian Bach, concretamente a su biblioteca particular, la que tenía en su casa. La intención era, a partir de esos títulos, reconstruir y entender un espíritu que ha sido crucial en mi vida, comprender ese ir más allá de lo que revela su música, que es casi todo. Bach siempre ha sido una tabla de salvación, ya desde mi niñez. ¿Por qué tan prematuramente? Les confesaré que nací en un hogar complejo y desavenido. Las notas del violín de mi padre, que era un músico aficionado, la preciosa voz de mi hermana, mayor que yo, que estudiaba canto, me arrancaban, como ninguna otra cosa conseguía hacerlo, de la soledad y de aquel último rincón de la tierra en que me sentía. Bach, que sonaba de manera esporádica, ya que mi casa estaba inundada por la orquesta de Wagner, tan vehementemente y enfadada con sus continuos fortísimos, me enseñó a huir, a evadirme lejos y crear un mundo aparte. De manera que, pasados los años, me sentí deudor, y, si bien es verdad que una deuda no se salda con un libro, sí puedo decir que restaña a quien lo escribe, aunque sea un poco.

No es el lugar aquí de comentarles la biblioteca bachiana, que el compositor fue comprando a lo largo del tiempo, no sólo en las pequeñas librerías de la época, donde se vendía papel, cartón, velas, tintas y polvos secantes, sino también en los mercados que ponían sus mesas los domingos, en Leipzig, donde vivía. Hay que decir que, a la muerte de Bach en 1750, esa biblioteca estaba falta de muchos libros; se los fueron llevando sus hijos, sobre todo Wilhelm Friedemann y Carl Philipp Emanuel. A buen seguro, por cuestiones de mentalidad, los funcionarios del Concejo de Leibzig que hicieron el inventario no recogieron los títulos de contenido literario y poético. No era del todo decoroso, para la mentalidad de entonces, que un *kantor* de Santo Tomás de Aquino se prodi-gara en unas lecturas consideradas ociosas. Sí deseo decirles que, entre los más de ochenta libros registrados —en la biblioteca se calcula que podía haber 220 volúmenes; la de Spinoza contenía 280, y casi el doble la de Montaigne— estaba el *Anti-Melancholicus*, de August Pfeiffer, nacido casi medio siglo antes de aquel 1685, cuando Bach vino al mundo. Siempre me ha interesado ese ir a la contra de la melancolía, esa melancolía tan occidental, tan nuestra, que ha definido y marcado a una cultura ya desde sus inicios, una civilización que rinde su amor a la tristeza y la adversidad, al conflicto.

Ese humus del que les hablaba debe llevarnos a reconocer que, con una llamativa frecuencia, los libros que se escriben están dominados por la voluntad de mitigar una antigua melancolía, una persistente bilis negra o *melas kholé* aristotélica que parece resentirse siempre de una pérdida, de una ausencia que la historia no es capaz de disuadir ni olvidar. En Occidente la literatura, la filosofía también, el arte, tienden a complacerse en la melancolía, no sólo del

pasado, sino melancolía de lo que nunca llega, como escribió Giacomo Leopardi. Una de las condenas de nuestra cultura es sentir una insuficiencia del presente, confundir lo Real y profundo con el sesgado concepto de realidad que dio Hegel a este término, que lo propuso como «actualidad», con «discurso exterior». Esta carencia es una seña de identidad de Europa, que es lo mismo que decir Argentina. La constante servidumbre hacia la idea de futuro, y no hacia el mañana, que es algo más modesto, pero también más sensato y fuera de lo ideológico, y el abonarse al lamento de esta pérdida a la que aludo, es uno de los trágicos caminos de Occidente, que siempre se dirige a su anunciado final.

Pérdida del Paraíso, pérdida del Hijo de Dios, pérdida de su cuerpo, que no se halla en el sepulcro. No es posible encontrarlo. Esto forma parte del sustrato de nuestra manera de sentir, no es necesario ser creyente para presentir que algo se ha perdido, y no sabemos exactamente qué. Pensadores tan diversos y poco alineados con las creencias religiosas como Spinoza y Nietzsche, muestran en sus obras el adolecer de un arcano y un mundo trascendentes. Cuando Nietzsche dice que «Dios ha muerto» está diciendo que ha muerto el mito, que fue nuestro primer lenguaje. Estamos influidos por un *Lógos* que se ha investido de manera determinista, y por eso mismo ama los absolutos. Es la esclavitud de esta civilización de la discordia, que, desde sus inicios, labra la quimera de un querer ocupar, de un querer llenar y refutar la nada, de un vivir empleado en la conquista permanente, sin cuento, de ahí que no comprenda el obrar de otro modo, y acaso el obrar sin objeto, el hacer sin cometido. El sin porqué del Maestro Eckhart, tan oriental en esto. El sin porqué de Angelus Silesius, que apenas difiere del enunciado por Rilke. Concebir

que todo revierta en un logro —en términos de producción—, deslumbrados por los rigores de una razón que se restringe a sí misma cuanto más avanza, no ha hecho sino acotar la realidad.

Al fundirse la nieve, al destilarse, ¿adónde va lo blanco? Se aventura que fue Shakespeare quien se hizo esta bizarra pregunta —*Where goes the white when melts the snow?*—; podría pensarse que ha leído las páginas del *Fedro*, donde Platón conviene que la nieve jamás aceptará lo caliente. Ni el frío, el fuego. ¿Qué permanece en lo indeterminado? ¿Qué vive en lo que fluye? ¿Adónde va lo blanco? No lo sabemos, los occidentales malvivimos entre la totalidad y el no-ser, entre el ser y la nada, que son los confines de lo que algunos llaman Absoluto. O el mundo en movimiento de Aristóteles, o el mundo detenido de Platón. Incapaces de aceptar que en nosotros hay un desconocimiento que nos hace intuitivos, somos reacios a aceptar nuestra naturaleza fortuita, pura herencia del azar, y que, como mucho, nos es dada una docta ignorancia, si queremos referirnos ahora a la obra crucial de Nicolás de Cusa.

Una civilización taxativa muere siempre en el cepo de su determinismo. Concebir la existencia como un desesperado ir hacia lo prometido, contemplarla como un cumplimiento, nos ha exiliado del mundo. Este melancólico mirar atrás y olvidar el presente, sujeto a un devenir que amenaza, tal es su condición, forma parte de esta pérdida que nos ha privado «del ahora». Procedemos de un pensamiento religioso apocalíptico.

A esto me ha llevado pensar en el *Anti-Melancholicus*, que Bach leía por las noches, cuando todos dormían en su hogar, agitado durante el día, lleno de niños y de copistas, que solían ser alumnos suyos. Casi todo lo compuso a esas horas en las que todo calla, a la luz de un candil, que tiene más continua y firme llama que una vela,

ya que sus ojos eran frágiles. Cualquier detalle, una frase, una reflexión, puede darnos pie a especular cuestiones sobre el tiempo, el tiempo de Krónos, a detenernos en el porqué de algo, a tratar de reflexionar sobre la finitud, como es el caso de este libro de Pfeiffer, que no sabemos dónde lo compró el autor de *El clave bien temperado*. Las preguntas por el ser quedan latentes en esas líneas, que albergan la incertidumbre de nuestro desino.

Por eso entiendo la escritura como un recipiente, como un lugar donde el pensamiento reposa en silencio. La escritura es la vasija del decir, la bodega de la memoria. Este silencioso yacer de las palabras se presta de hecho a muchas metáforas. En un libro que titulé en 2016 *Pensar y no caer*, precisamente en un capítulo llamado «La escritura, la tierra», quise recordar que los antiguos griegos llamaron *boustrophedón* al trazo de una escritura cuyas líneas discurrían de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda, sin discontinuidad, tal como era por entonces costumbre arar los campos: De hecho, *boustrophedón* significa el girar del buey, el girar de la yunta a surco seguido. Y así también, en Roma, *legere* no sólo significaba leer, sino asimismo cosechar, recoger, literalmente, lo que se ha sembrado en el campo. Y sabemos que llamaban *lyra* al surco, y que, cuando la reja salía de él, de esa angostura roturada, lo designaban *delirare*. Y era costumbre llamar *pagina* a un viñado rectangular, y en hebreo, a quien se dedicada a estudiar el Talmud, se le conocía como *talam*, es decir, labrador. El signo, la incisión en la arcilla, lo cincelado en la piedra, sobre una estela, en una pared, como aquella en la que Heráclito el Oscuro, al bajar de su retiro en las montañas, anotaba las sentencias. De modo que en los materiales de la tierra está reflejado desde lo más antiguo nuestro deseo de testimoniar.

No les comentaré mucho más sobre mi trabajo, es difícil hablar de lo propio, si es que uno es dueño de algo. No quiero cansarles, ya ven para cuánto ha dado la melancolía de ese *Anti-Melancholicus*. Sí me atrevo, sin embargo, a referirles un libro que publiqué en el año 2013 titulado *El luthier de Delft*. Es el nombre de un cuadro de Carel Fabritius, un pintor que se dice fue maestro de Johannes Vermeer. Murió muy joven, en la terrible explosión de un polvorín que estaba en Delft y que devastó una buena parte de la ciudad. El incendio tardó días en ser sofocado. Tenemos noticia de que el estallido rompió unas cristalerías de la casa del mencionado Vermeer, y que destruyó la vivienda del malogrado Fabritius, y con ella muchas de sus obras, lo que explica que nos hayan llegado tan pocas.

En ese cuadro, pequeño como una caja de zapatos, un *luthier* espera meditativo, está sentado en la calle, junto a una mesa que ha dispuesto fuera de su taller. En esa mesa aguardan un laúd y una viola da gamba, confía venderlos pronto. Está contemplando la iglesia que está enfrente, tal vez pensando en sus proporciones, en la resonancia de su interior, quizá haya caído en la cuenta de que la caja acústica de un instrumento musical es como un templo en miniatura, pura resonancia. Les diré que este libro es una entrada en el cuadro, un libro sobre la Holanda del XVII, sobre su música, sobre el arte de los violeros, sobre las acaloradas disputas que mantenían en los puertos, donde hacían guardia y esperaban días y días para hacerse con las mejores maderas que llegaban de América o de las Indias. Es, también, un acercamiento a la filosofía del mencionado Spinoza, a la música de Sweelinck, a las cruentas luchas de religión, también a la arquitectura de las iglesias y a la necesidad de intimidad que empezaba a vivirse en el interior de los

hogares, que disponían sus espacios para que la lectura y el recogimiento tuvieran mejor cobijo.

Pero en realidad, por muchos temas que converjan en esta obra, les confesaré que sus páginas están dedicadas, en su intención oculta, a la lentitud y las manos, al trabajo artesanal y silencioso, no automatizado, es decir, no domesticado por la idea mecánica de producción. Tener en cuenta las propiedades de la madera, estudiar la distancia de sus vetas, su flexibilidad y capacidad de transmisión de las vibraciones, calcular las proporciones de la caja de un violín, soñar el sonido antes de que el instrumento lo cristalice, eran las labores propias de quienes estaban todavía en la cadencia del mundo. En el libro, las manos se presentan como parte de una pérdida, las hemos olvidado, pulsamos más que tocamos, hemos renunciado a los contornos y las rugosidades. Tratamos la materia sin tocarla, como la existencia.

La decisión de vivir despacio, el arrojo de oponerse a un mundo tratado a empujones, la convicción de la calma, lejos del aceleracionismo sobre el que tanto ha escrito Nick Land, es una ganancia. Las personas, las cosas, lo son por el tiempo que les dedicamos. Que la inteligencia artificial, a través del lenguaje autoregresivo ChatGPT4 o del que enseguida vaya a sucederle, sea capaz de crear una obra, llamémosle literaria, no significa que la escritura de puño y letra pueda ser menos audaz y que deba necesariamente desaparecer, porque el sueño está en nosotros y es irremplazable por un sistema. Nosotros mismos somos el sueño, ya que presentimos la muerte. Nos obliga a imaginar y a pensar la vida en todas sus formas y direcciones. Cuando la perfección de la Inteligencia Artificial alcance a sentir angustia y exasperación de tan humana, recurrirá a nosotros, que ostentamos cátedra en estas materias. Nos necesitará.

El primer libro fue el recuerdo de un cielo mítico que necesitó ser fijado en un papiro, en un hueso de reno, en un caparazón de tortuga o sobre una tabla de arcilla. El primer libro fue un presentir entre las manos. La gran diferencia de una obra, que podemos llamar literaria, con respecto a la escritura que recurre a la colaboración algorítmica, es que procede de un lugar que está en la memoria de lo que somos, viene de una genealogía, de unos antepasados cuyo eco percibimos quizá sin darnos cuenta. Y es un antaño que cuenta también con su ahora. El pasado es siempre reciente y nos gobierna, se quiera o no. En el Libro de Job se lee que «somos de ayer».

Cada objeto, una lectura, la labor hecha a conciencia, una mesa en compañía, pensar sin coacción, conversar, necesitan de una renuncia, de una fuerza que resiste al vértigo que nos ha entregado el más totalitario imperio del dinero. Fijarse ahora en unos dedos que vacían un bloque de nogal o de arce, en los dedos que sostienen un arco o afinan un instrumento, como sucede en otro escrito que he titulado *Despacio el mundo*, es detener la inercia de una realidad asediada.

Hoy la literatura, además de su cometido, que es crear una asimetría entre la imaginación y la realidad, debe emprender una revuelta contra la prisa que nos saquea, escribir debe responder a una impugnación hacia aquellos que nos utilizan como combustible de sus máquinas. Nos amasan en la tierra prometida de la identidad, que es fraude y un carecer de recursos. No han contado, sin embargo, con lo que permanece, con lo que es inmutable y que por ello tiene algo de divino. Estoy hablando de la inmanencia. No han contado, decía, con el silencio que queda en los lugares después de que los hayamos abandonado; no han pensado

en la rebeldía de lo que es refractario a la imposición; no han reparado en la mirada del enfermo que espera sanar; en el callar de las manos que cosen, ni en el rastrillo y la azada olvidados en un rincón del huerto, como sucede en la *Carta de Lord Chandos*. No han visto el perro que duerme al sol como un legado antiguo, la rama que no tiene prisa en soltar el fruto, la comida que calenta-mos lenta. Jean-François Lyotard escribe en *Lo inhumano*: «Ir de prisa es olvidar deprisa».

No quiero cansarles más, de manera que, para concluir, si me lo permiten, les leeré un poema que escribí después de recorrer algunos lugares del valle en el que vivo, un pequeño pueblo del Pirineo atlántico, en Navarra, un lugar de bosques y ríos, de montañas y prados y lluvias y caballos, de caminos que proveen el material terroso a esta reflexión sobre lo que uno escribe. Se titula “Paseo” y forma parte de un libro que titulé *Siempre génesis*.

Paseo

Cuando vas por el monte
y subes, subes
a veces
medio agachado para no pincharte
con la aguja del abeto,
o te detienes para quitar la telaraña
que te llevas con el pelo o el hombro,
y su hilo se disuelve en los dedos
porque ya no es suspensión,
y subes,
aunque caes
en la cuenta de que el desnivel eres tú;
de que no hay cima, sobrepuerto,
cortante o vaguada que no sean tú.
Y a lo transformado en sudor
le llamarás paisaje.
Y si miras abajo y vislumbra un claro,
o una onda de brezo, una casa
hundida como la bota en el lodo,
o un puentecillo colgante,
destablillado como la Historia,
sentirás que eres amado,
y que no eres amado,
y que el desnivel eres tú.
Y al caminar por una vía muerta,
por lo irregular de las calvas de grama,
entre hierros y tuercas,
unas aquí, otras allá,

dispersas, ya sin fijación ni obra,
digo, cuando caminas por una vía muerta,
como aquellas de los cuadros de Kiefer,
y le das duro al paso, le das duro
y no te detienes
pese a tener por qué, no te detienes,
el horizonte podría ser la tela
con que secamos cada muerto
recordado.

Y al bajar de lo que hace unas horas
era predicción, proximidad del águila,
astucia de estar encima,
sabrás que el desnivel eres tú,
porque a pie llano las cosas
no son correlación, ni progresión,
sino desconocimiento;

y si preguntas a quien cruza
como tú el camino
dónde está la casa
que veías como una bota hundida
en el lodo

y te dice «a un paso», entenderás
que no eres lo andado
sino lo que media, el no saber,
lo siempre distante,
aunque des por bueno que has llegado
y hagas noche en tu creencia.